

Cabellos despeinados y palabras alborotadas

*Patricio Crespo Coello**

RESUMEN

EN ALGUNOS POLÍTICOS CONTEMPORÁNEOS SE DETECTAN GESTOS Y DISCURSOS DISRUPTIVOS CON LO QUE PODRÍA CONSIDERARSE UN COMPORTAMIENTO CORRECTO. LA CORTESÍA Y LA SOBRIEDAD, ESTÁN SIENDO REEMPLAZADAS POR FORMAS DISCURSIVAS QUE COMUNICAN UNA RUPTURA CULTURAL. ¿SE TRATA DE UN SÍNTOMA MENOR O LOS POLÍTICOS DESPEINADOS Y CON DISCURSOS ALBOROTADOS ESTÁN EXPRESANDO ALGO MÁS PROFUNDO? LAS FORMAS CORTESES DEL COMPORTAMIENTO POLÍTICO TIENEN UNA COMPLEJA HISTORIA ÍNTIMAMENTE RELACIONADA CON LAS COSTUMBRES COTIDIANAS. COMPRENDER ESA RELACIÓN EN LA CULTURA POLÍTICA PUEDE CONSTITUIR UN INTERESANTE PUNTO DE PARTIDA PARA INTERPRETAR LOS CAMBIOS ACTUALES EN DETERMINADOS RELATOS Y EN ESPECIAL PARA DETECTAR ALGUNOS ELEMENTOS DE INTERPRETACIÓN DE LO QUE CIERTOS SECTORES LLAMAN LA “GUERRA CULTURAL”.

PALABRAS CLAVE: CULTURA - POLÍTICA - COSTUMBRES - CORTESÍA - AGRESIVIDAD - GUERRA CULTURAL

MESSY HAIR AND SLOPPY WORDS

ABSTRACT

IN SOME CONTEMPORARY POLITICIANS, DISRUPTIVE GESTURES AND SPEECHES ARE DETECTED WITH WHAT COULD BE CONSIDERED CORRECT BEHAVIOR. COURTESY AND SOBRIETY ARE BEING REPLACED BY DISCURSIVE FORMS THAT COMMUNICATE A CULTURAL RUPTURE. IS THIS A MINOR SYMPTOM OR ARE DISHEVELED POLITICIANS WITH DISORDERLY SPEECHES EXPRESSING SOMETHING DEEPER? POLITE FORMS OF POLITICAL BEHAVIOR HAVE A COMPLEX HISTORY CLOSELY RELATED TO EVERYDAY CUSTOMS. UNDERSTANDING THIS RELATIONSHIP IN POLITICAL CULTURE CAN CONSTITUTE AN INTERESTING STARTING POINT TO INTERPRET THE CURRENT CHANGES IN CERTAIN STORIES AND ESPECIALLY TO DETECT SOME ELEMENTS OF INTERPRETATION OF WHAT SOME SECTORS CALL THE “CULTURAL WAR.”

KEYWORDS: CULTURE - POLITICS - COSTUMS - POLITENESS - AGRESSIVENESS - CULTURAL WAR.

* Autor de libros que vinculan temáticas filosóficas, de ética ambiental y del discurso político. Consultor de organismos internacionales en proyectos de fortalecimiento de capacidades. Estudios de filosofía, antropología, gestión ambiental y gestión de conocimientos. Correo electrónico: pcespocoello@gmail.com.

Introducción

Un político cualquiera, o cualquier político, es una persona común y corriente. Un odontólogo es también una persona común y corriente. Son diferentes y la diferenciación surge en parte de su función en la sociedad. De un odontólogo se espera cierto tipo de comportamiento. Por ejemplo, que su consultorio se encuentre ordenado y limpio. Que use guantes quirúrgicos o bien que mantenga sus manos muy limpias, uñas cortas y que use mascarilla mientras atiende al paciente. No es para nada conveniente que un odontólogo en el desempeño de sus funciones introduzca su dedo en su nariz o que al comunicarse con su cliente use un lenguaje no apropiado para su función.

Asimismo, de un hombre o de una mujer que se desempeñan como políticos se esperan determinados comportamientos. Si el escenario del odontólogo está circunscrito al consultorio y a una relación entre dos personas, el escenario del político es diferente. Su función implica una puesta en escena en un escenario amplio, frente a decenas, cientos o miles de personas.

La mirada de los otros incorpora siempre una confrontación. Uno es mirado y en la acción de mirar expresamos la complejidad de la cultura que habitamos. Si en el odontólogo llevar uno de sus dedos a uno de sus orificios en la nariz constituye un gesto inadecuado, ya podemos imaginar la serie innumerable elementos que debe considerar el político respecto de su comportamiento en la relación con sus seguidores.

Los políticos profesionales atienden sus gestos, sus palabras, sus movimientos y todo aquello que hacen o dejan de hacer en la escena pública, como una parte relevante de su función. Su profesión se construye sobre la base de la mirada del otro en la escena pública. Resulta difícil, sino imposible, considerar que un político profesional no sopesa sus formas de comportamiento. Sus formas de comportamiento obedecen a una intencionalidad política y esa intencionalidad puede a su vez coincidir con su sistema de creencias y con las formas culturales aprendidas en sociedad.

El presente artículo se enfoca en este tema. En las formas de comportamiento de los políticos identificando algunos gestos característicos de algunos políticos contemporáneos. Y al analizar esos gestos aborda la pregunta sobre su significado en términos de lo que podríamos denominar cultura política.

Cultura, política y etiqueta: el marco de análisis

La cultura puede definirse de diferentes maneras. Por ejemplo, como un complejo universo de bienes materiales y simbólicos compartidos por un grupo humano. En ese universo, que incorpora formas de representación que generan una cierta identidad compartida entre los individuos, pueden incluirse las costumbres, la lengua, las tradiciones y una muy compleja red de signos y símbolos decodificables, de manera aparentemente espontánea, por quienes pertenecen al grupo humano portador de esa cultura. Bajo este sentido amplio, es claro que ese universo de representaciones se transmite de generación a generación, siempre de manera dinámica, con cambios paulatinos y adaptaciones progresivas, en diálogo y confrontación con otras formas de realizar la vida en sociedad.

La política bien puede incluirse en un concepto abarcador de la cultura, pero también puede tener sus propios alcances y límites. A modo de una definición, si se quiere coloquial, podría decirse que se trata de una forma social de acceso, administración y control del poder dentro de un grupo humano, de control de la toma de decisiones para establecer un sistema de gobierno.

Y, a su vez, las relaciones entre la cultura y la política pueden estudiarse desde múltiples perspectivas.

En el mundo de la antigua Grecia la política era una parte de un todo o de un cosmos bello, bueno, verdadero y ordenado. Un cosmos en el que los dioses convivían o del cual formaban parte. Cada individuo sea esclavo, meteco o ciudadano debía cumplir su rol y su destino en esa

totalidad que le sobrepasaba, una totalidad cultural. En este sentido, el buen ciudadano, o incluso el ciudadano heroico era aquel que cumplía con su deber, con su rol en ese cosmos orgánicamente constituido. Todo lo cual implicaba un conjunto complejo de normas y valores. La combinación de elección y sorteo que se aplicaba en la democracia ateniense aseguraba, hasta cierto punto, un orden para la toma de decisiones donde cada estamento debía cumplir con lo esperado.

En la oración fúnebre atribuida a Pericles se pueden detectar algunos de los valores que se consideraban elevados en aquella época:

“Cuanto más grande os pareciere vuestra patria, más debéis pensar en que hubo hombres magnánimos y osados que, conociendo y entendiendo lo bueno y teniendo vergüenza de lo malo, por su esfuerzo y virtud la ganaron y adquirieron. Y cuantas veces las cosas no sucedían como deseaban, no por eso quisieron defraudar a la ciudad de su virtud, antes le ofrecieron el mejor premio y tributo que podían pagar, cual fue sus cuerpos en común, y cobraron en particular por ellos gloria y honra eterna, que siempre será nueva y muy honrosa esta sepultura (...). Todos cuidan de igual modo de las cosas de la República que tocan al bien común, como de las suyas propias; y ocupados en sus negocios particulares, procuran estar enterados de los del común. Sólo nosotros juzgamos al que no se cuida de la República, no solamente por ciudadano ocioso y negligente, sino también por hombre inútil y sin provecho (...). Por lo cual cada uno de nosotros, de cualquier estado o condición que sea, si tiene algún conocimiento de virtud, tan obligado está a procurar el bien y honra de la ciudad como los otros, y no será nombrado para ningún cargo, ni honrado, ni atacado, por su linaje o solar, sino tan sólo por su virtud y bondad. Que por pobre y bajo que sea, con tal que pueda hacer bien y provecho a la República, no será excluido de los cargos y dignidades públicas” (Sabine, 1979).

Era casi impensable que el ciudadano común se ocupara solamente de sus asuntos privados, pues tenía una obligación cívica con la decisión colectiva de los asuntos de la ciudad. Y los hombres debían ser magnánimos, osados, valientes, bondadosos y honrados con la cosa pública.

En toda sociedad existen un conjunto de valores, prácticas, hábitos o conductas que se consideran deseables en la política y otras que se consideran condenables o de las cuales se espera que generen repudio o vergüenza. Y es aquí donde se centra la discusión de este artículo, en una relación peculiar entre cultura y política, no siempre estudiada ni por las ciencias políticas, ni por la antropología y la sociología. Podría decirse que el ingreso al tema se hace desde una perspectiva behaviorista o conductista de la política para descubrir, desde un enfoque antropológico, ciertos “gestos” de la política actual.

El presente artículo se ubica en el ámbito concreto y cotidiano de las actitudes y comportamientos de los políticos, como un tipo de convivencia o de construcción política enmarcada en la democracia contemporánea, o de vivencia política propia de las sociedades liberales y contractualistas de este siglo. Discute esta relación en el tipo de política denominada participante. Justamente aquella caracterizada por Almond y Verba (1963) como la típicamente democrática y moderna, singularmente representada en Estados Unidos y en Inglaterra. Así la caracteriza en términos muy sintéticos y generales:

“Nació así una tercera cultura, ni tradicional ni moderna, pero participando de ambas; una cultura pluralista, basada en la comunicación y la persuasión, una cultura de consensus y diversidad, una cultura que permitía el cambio, pero que también lo moderaba. Esta fue la cultura cívica. Una vez consolidada dicha cultura cívica, podían las clases trabajadoras entrar en el juego político y, a través de un proceso de tanteos, encontrar el lenguaje adecuado para presentar sus demandas y los medios para hacerlas efectivas. En esta cultura de diversidad y consensus, racionalismo y tradicionalismo, pudo desarrollarse la estructura de la democracia inglesa: parlamentarismo y representación, el partido político colectivo y la burocracia responsable y neutral, los grupos de intereses asociativos y contractuales, y los medios de comunicación autónomos y neutrales. El parlamentarismo inglés incluía las fuerzas tradicionales y modernas; el sistema de partidos las reunía y combinaba; la burocracia era responsable ante las nuevas fuerzas políticas, y los partidos políticos, grupos de intereses y medios neutrales de comunicación se mezclaban continuamente con las agrupaciones difusas de la comunidad y con sus redes primarias de comunicación”.

Almond y Verba (1963) destacan que el aporte del concepto “cultura política” y “cultura cívica” radica, en parte, en su riqueza interdisciplinaria, pues puede movilizar métodos y categorías de comprensión del fenómeno social que provienen de la antropología, de la psicología, de las ciencias políticas propiamente dichas y de la sociología. Y también incorpora un aporte de escala, pues la cultura política puede moverse entre el comportamiento individual, el grupal y el colectivo.

“Se da por sentado que, puesto que los sistemas políticos están constituidos por individuos, puede admitirse como cierto el hecho de que las tendencias psicológicas particulares en los individuos o entre grupos sociales son elemento importante para el funcionamiento de los sistemas políticos y de sus elementos administrativos (“outputs”).

Esto puede ser realmente así cuando el investigador se interesa por las condiciones psicológicas que afectan a la conducta de un incumbente o incumbentes particulares de roles, tal como puede ser un individuo que tome decisiones políticas en un extremo, o un grupo electoral en el otro. Por otro lado, gran parte de esta bibliografía no realiza la conexión entre las tendencias psicológicas de los individuos y grupos y la estructura y el proceso políticos. En otras palabras, la moneda de la psicología política, aun teniendo indudable valor, no puede ser cambiada en los términos del proceso y de la realización políticas (Ibíd.: 1963).

Tomando en cuenta los elementos planteados, este artículo se enfoca en un caso particular de la relación entre la cultura y la política. Intenta observar los comportamientos de algunos políticos contemporáneos como un caso específico de estudio y se enfoca en los cambios en la “etiqueta” del comportamiento político. El encuadre teórico para este acercamiento tiene dos fundamentos principales, el estudio de la “La cultura cívica” de Almond y Verba (1963) y el ya clásico libro de Norbert Elías “El proceso de la civilización: investigaciones sociogenéticas y sicogenéticas” (1989).

Cortesía y agresividad

En su libro, Norbert Elías (1989) describe con una riqueza de elementos ilustrativos realmente fascinantes los comportamientos cotidianos de los caballeros de la Alta Edad Media, de los cortesanos en la Baja Edad Media y de los burgueses en la naciente modernidad. Muestra cómo la auto-coacción especialmente por medio del pudor y la vergüenza introyecta en el comportamiento del individuo una serie de hábitos que, algunos de los cuales, actualmente se consideran como naturales y de cumplimiento obligatorio. Se trata de una epopeya histórica civilizatoria de matriz centro europea donde las formas de comportamiento en la mesa, en la cama, en los baños y en la calle operan de un modo profundamente complejo y nada intuitivo para la percepción contemporánea acerca de la raíz histórica de los valores, de los hábitos y de lo que puede considerarse como buen o mal comportamiento.

Por ejemplo, la historia acerca del uso del cuchillo en la mesa tiene una imbricación muy compleja en torno a la división social del trabajo, al tránsito de sociedades tradicionales de familias muy numerosas, de prácticas rurales de relacionamiento con los animales y de un conjunto también complejo de hábitos alimentarios. Solamente para ilustrar estos cambios, Elías describe cómo en la Edad Media el dueño de casa era el encargado de colocar y desmembrar en el centro de la mesa un cordero asado para el consumo de una veintena de comensales. En esa época esto era lo correcto y lo esperado de un buen anfitrión, esto es, que delante de todos los invitados con grandes cuchillos y hachas se partiera a un animal entero. Y, claro está, existían una serie de protocolos para la distribución jerarquizada de las presas y, también, unas correspondientes buenas formas de la etiqueta para comportarse en la mesa. Unos siglos después Erasmo de Rotterdam en su libro de urbanidad para niños recomendará que no se debe escupir sobre la mesa, sino solamente por debajo de ella o, bien, en las paredes. El cuchillo por cierto en toda la Edad Media tendrá una significación de agresión y violencia. Así, en los siglos posteriores

el desmembramiento de los animales quedará oculto en la cocina para que mucho después sea solamente una tarea especializada de las cadenas de distribución de la carne hasta hacerla casi invisible para el consumidor final. En todo este proceso que llevó siglos de cultura civilizatoria, el cuchillo va paulatinamente siendo aislado y sometido a una serie de normas restrictivas, hasta prácticamente inhabilitarlo para la violencia, incorporando normas como la de no llevar a la boca la comida por medio de un cuchillo.

Un lector atento podría cuestionar el ingreso al tema de los hábitos alimentarios, enfocándose en la alta complejidad de cada cultura. Es decir, ejemplos de prácticas gastronómicas de la Alta Edad Media solamente ofrecerían un ejemplo muy parcial de una práctica cultural que bien pueden contrastarse con otros ejemplos, sin que esto implique un proceso teleológico de costumbres en la mesa supuestamente más refinadas, al menos no hasta las postrimerías de la Revolución Industrial. Por ejemplo, aquellos hábitos gastronómicos ampliamente estudiados que se practicaban en el Imperio Romano por las élites. El uso del *triclinium* como aposento con, por lo general, tres divanes donde los comensales comían prácticamente acostados y al mismo tiempo platicaban e ingerían bebidas espirituosas. De lo que se conoce, en los *triclinium* se servían numerosos platos pequeños que los esclavos, hombres y mujeres, preparaban en otros aposentos, potajes distribuidos en pequeñas porciones que se consumían de manera muy generosa y por muchas horas. Por cierto, se sabe que la tradición en estas abundantes cenas en efecto implicaba regurgitar o vomitar y los comensales, por lo general solamente hombres, lo hacían en el piso, en el mismo comedor donde se servían los alimentos. Esclavos limpiaban continuamente los pisos y los animales domésticos daban cuenta de estos desperdicios apenas se producían los vómitos (Duby y Aries, 2017).

En otras palabras, no debería entenderse el proceso civilizatorio de matriz europea u occidental como una línea continua y progresiva de cada vez mayor refinamiento en los hábitos alimentarios. Hasta la segunda mitad del Siglo XVIII en los países europeos no puede detectarse con claridad una línea continua de progreso y sofisticación de las costumbres y resulta evidente que culturas antiguas como las helénicas o romanas, o también culturas milenarias como las del Lejano Oriente desarrollaron prácticas de higiene, de consumo de alimentos y, en general, de comportamiento, con rituales en extremo detallistas. Por ejemplo, según algunos estudiosos, el uso desde siglos atrás en China y Japón de los palillos proviene de una tradición de sofisticación gastronómica que dividía los alimentos en pequeños trozos, evitando así el uso del cuchillo en la mesa, asociado a los mataderos y a la agresión (Ibíd.).

De regreso a la tradición europea, si en la sociedad caballeresca del medioevo la agresividad y la disposición a la lucha cuerpo a cuerpo son sinónimos de lo deseable, progresivamente, primero en la sociedad cortesana de los estados absolutistas europeos y luego en las sociedades con presencia creciente de la burguesía, la cortesía, la amabilidad, el comportamiento respetuoso y pacífico adquirirán cada vez más dominio en la convivencia social. El autocontrol, la sobriedad, la pacificación en las relaciones humanas, se convierten en valores fundamentales tanto que serán sinónimos de civilización. Este fenómeno coincide con el control de la violencia legítima por parte del Estado Nación. Los ciudadanos son desarmados, su vida cotidiana se vuelve más pacífica y los ejércitos se encargan de las guerras entre las naciones.

Algo parecido sucederá con la desnudez y con los hábitos en el comportamiento sexual explícito. El uso del pijama será bastante tardío. Recién desde el Siglo XVIII se empieza a extender el uso del pijama y de la prohibición moral de acostarse desnudo (en épocas de calor) o con la misma ropa del día (en épocas de frío) (Norbert, 1989).

El comportamiento burgués en la naciente modernidad, al contrario de creencias generalizadas, incorpora una serie de prohibiciones morales y de hábitos cotidianos que se asumen como algo natural y que provienen de una auto-coacción que se educa desde los primeros años de vida. Por ejemplo, no tomar la comida con las manos o hacer el amor en la intimidad sin una mirada externa, son elementos fundamentales del proceso civilizatorio moderno.

Y, claro está, la cultura cortesana de la Edad Media y la cultura burguesa de la Edad Moderna temprana transmiten y se construyen en la cultura política. Los valores y los hábitos modernos deseables y buenos deben ser sublimados y puestos en práctica en la escena pública por los políticos, por los burócratas, por reyes y presidentes.

Un pilar fundamental de la cultura democrática moderna, y de sus representantes en las altas esferas del poder, es, y debe ser, la cortesía. Cortesía que incorpora una diversidad compleja de comportamientos protocolarios. Postura amable, con una sonrisa pero leve, sin exagerar, elegancia en el vestir, uso de las palabras adecuadas y aceptadas como “cultas” y respetuosas, una tesitura pacífica en el comportamiento, siempre evitando que se muestre el cuerpo desnudo y tratando que la sobriedad sea una característica propia de un político respetable. Racionalidad, cortesía y sobriedad. Entre otros comportamientos no deseables cabe considerar los de mostrarse en público borracho o drogado, violento, usando las llamadas malas palabras, agrediendo al otro de palabra o de obra, o mostrando en general un comportamiento indecoroso en la exposición pública de relaciones de afecto o de expresión sexual con otras personas. De una manera bastante radical la exposición pública de los efluvios, fluidos, secreciones y excreciones del organismo humano quedará restringida al ámbito más íntimo, con claras prohibiciones no solamente físicas sino también simbólicas.

Los mocos, el sudor, el vómito, las lágrimas, la orina, la menstruación, la flatulencias y eructos, el semen y los excrementos, por cierto, elementos todos de naturaleza fisiológica, valga la redundancia, completamente naturales, paulatinamente entrarán en el complejo ámbito de las prohibiciones, de los límites que marca el pudor, con incluso explícitas referencias de urbanidad para evitarlos, mantenerlos bajo control y nombrarlos de maneras que no puedan producir malestar cultural. No se vería bien que un político se permitiera flatulencias en público, independientemente de que sean sonoras o no. Como tampoco se vería bien que en un artículo con pretensiones académicas se use un lenguaje escatológico. Una muestra de cortesía presupone múltiples prohibiciones en relación a la fisiología y al cuerpo, mientras que se asumirá como una expresión de agresividad y de falta de pudor su contrario.

Claramente, el pudor, la vergüenza y la auto-coacción caracterizan el comportamiento cortés del político democrático moderno, al menos así ha sido hasta ahora y en ese comportamiento cortés está implícita la cultura de inhibiciones o de ocultamiento de las diversas funciones del organismo humano.

Podría criticarse ampliamente este planteamiento por ser eurocéntrico, es decir, por establecer como deseable un universo cultural cuya matriz surgió en Europa, desconociendo así la riqueza de la herencia cultural por ejemplo de los pueblos que habitaron el continente americano antes de la conquista española. La réplica a este planteamiento se enfoca en el siguiente argumento: la matriz cultural eurocéntrica es deseable como algo dado en nuestras naciones, es decir, no es una invención de Norbert Elías, de George Duby o del autor de este artículo, sino que tal paradigma cultural es precisamente eurocéntrico por ser efectivo y funcional. Y, por lo tanto, conviene comprenderlo incluso para deconstruirlo.

Socialización infantil globalizada, ¿con o sin prohibiciones?

Existe en todo el mundo algo así como una explosión de conservadurismo, de izquierda y de derecha, que encuentra en la globalización una práctica disruptiva de todos los valores. ¿Estas manifestaciones conservadoras tienen algún fundamento? En este artículo se propone que sí, que algo profundo está cambiando y que se trata de un cambio cultural trascendental, pero esta reflexión no nace de una reacción moralista, sino que intenta un breve análisis sobre un elemento que puede tener profundas repercusiones. Se trata de los procesos de socialización infantil.

Si seguimos la reflexión de Norbert Elías, la introyección de la aparente auto-coacción o, en general, de las prohibiciones y de lo que está autorizado y que nos llevan a actuar de un modo y no de otro, se incorpora como un proceso que parece natural desde la primera infancia. Como en

la historia de aquel niño que preguntaba y preguntaba a su padre acerca de la razón por la cual no se debía escupir en el suelo. Ya cansado el padre le respondió: “tu pregunta, hijo, es difícil de responder, pues tendría que hablarte de al menos mil años de historia”.

La socialización infantil en la sociedad burguesa especialmente a partir del Siglo XIX, primero en Europa y luego en buena parte del mundo, se realizará como un proceso muy concentrado e íntimo en el núcleo familiar durante los primeros años de vida, para ser luego compartido con la guardería y con la escuela. Se trata de espacios socioculturales bastante circunscritos al entorno inmediato del niño, espacios que por lo tanto componen un paisaje cultural limitado y compartido por un grupo humano específico, que transmite normas de convivencia, conductas acerca del cuerpo, hábitos en la mesa y, en general, formas de comportamiento que de manera clara o inequívoca establecen lo que es deseable y bueno y lo que es no deseable y malo; aquello de lo que debemos avergonzarnos y frente a lo cual conviene establecer normas de pudor y autocontrol. Para decirlo en términos mecánicos: la transmisión cultural estaba muy acotada a los límites de la familia nuclear, papá, mamá, los niños y el perro.

Pero en lo que podríamos denominar la sociedad postindustrial y de la era del conocimiento y de las redes, parecería que el fenómeno de socialización infantil está transitando aceleradamente a un nuevo escenario. Niños, niñas y adolescentes, aunque encerrados entre cuatro paredes, logran una inmersión cultural rápida y profunda, desbordando de manera permanente los límites familiares e incluso de la escuela. En cierto sentido, la familia y la escuela dejan de ser los espacios fundamentales de la socialización e incluso del aprendizaje. Ahora son el computador, la tablet y, especialmente, el celular, los medios virtuales por los cuales los niños, niñas y adolescentes acceden a un mundo global en el que se manifiestan culturas y valores distintos, donde el núcleo familiar clásico, piedra angular de la sociedad burguesa moderna de la época industrial ha entrado en crisis.

Entonces, la nueva generación no se construye sobre los pilares de la auto-coacción, o de las prohibiciones de la conducta tal como se edificaban en las anteriores generaciones. Se construye la nueva generación sobre un horizonte más líquido y especialmente más permisivo, caótico, diverso y ecléctico, respecto a un orden establecido, unívoco y restrictivo que era el considerado natural y deseable por las generaciones pasadas. El sentido de la autoridad, del padre portador de la norma tanto en el hogar como en la escuela, ha sido sino debilitado, por lo menos trastocado. La familia nuclear tradicional deja de ser el referente estable y aparentemente universal, generador de las normas de socialización. Unidades monoparentales, parejas gay, presencia pública de las personas trans, convivencia cultural con personas de diversas procedencias, multilingüismo, etc., son en parte las formas en las que se vive la nueva cotidianidad por parte de las nuevas generaciones.

Las redes permiten un acceso o una exposición casi cotidiana, aunque virtual, al cuerpo desnudo y a la expresión erótica. Si en las generaciones pasadas, había que esperar hasta los 18 años para mirar un cuerpo desnudo desde la perspectiva erótica, ahora los niños, niñas y adolescentes pueden tener esta experiencia de manera bastante natural, desde muy temprana edad, quizás primero de manera virtual, pero es claro que las prácticas sexuales y de la experiencia del cuerpo desnudo en el mundo real está cambiando de forma muy acelerada. Es como si el mundo de las prohibiciones sobre el cuerpo estaría transitando hacia un nuevo escenario.

Una política tatuada: hippies conservadores y escatológicos

La hipótesis de este artículo presenta a los políticos con cabellos alborotados y con discursos políticamente incorrectos, no como individuos aislados que utilizan recursos populistas en un mundo altamente confrontado (todo lo cual es cierto), sino como políticos que expresan una nueva realidad de la convivencia social y cultural. Una que tiene que ver con la ruptura de las normas, de los hábitos o de las conductas que durante muchos años se consideraron deseables o buenas. De ahí que el artículo postula una crítica a los análisis de la política incorrecta como

meramente instrumental y populista, que en teoría tendrían el objetivo de obtener adhesión de amplias masas de ciudadanos por medios emocionales. Se trata de algo más profundo que se ubica en un nivel cultural o civilizatorio.

Una política ecuatoriana combinó en su estética y en su ética los tatuajes, el estatismo, el cristianismo y una postura “provida”, todo esto sostenido desde una fracción política identificada con la izquierda. Y no deja de ser paradójico que tanto los tatuajes, como el declararse cristiana y provida, pueden ser todas políticamente incorrectas aunque aparentemente contradictorias entre sí.

La auto coacción en las costumbres por ejemplo en relación al cuerpo, a los hábitos en la mesa, en la vestimenta, en la higiene o en la sexualidad tienen una larga historia. No se puede comprender el conjunto de prohibiciones, prácticas y morales, que cotidianamente asumimos, si no se comprende que todas esas prohibiciones (aunque cada prohibición lleva implícita un tipo de autorización, o un umbral de autorización) son un producto histórico extremadamente complejo.

Por ejemplo, los diálogos de los adultos hacia los niños respecto a la sexualidad han tenido unas derivas que quizás no siempre podríamos entender. Existe una noción incluso equivocada. Aquella de que en tiempos pasados el pudor, la vergüenza y las prohibiciones para hablar en público sobre la sexualidad eran mayores que en la actualidad, digamos que en los Siglo XX y XXI. Que las sociedades europeas de siglos pasados eran mucho más recatadas que las actuales. La verdad histórica más bien muestra lo contrario, tal como lo explica e ilustra Norbert Elías.

Y quizás, ahora, y a modo de hipótesis, la exposición, la información y la comprensión de los niños acerca de la sexualidad gracias al internet y a las redes de la comunicación está generando un cambio cultural de incalculables consecuencias.

Los tatuajes pueden constituir un interesante ejemplo del cambio cultural. Si hace unas décadas los tatuajes estaban reservados para los pueblos originarios, ahora los tatuajes se han extendido de manera casi universal, es como un fenómeno global que identifica a las nuevas generaciones. Pero es cada persona, de manera muy singular, la que establece la forma o la estética de su propio tatuaje, es como un relato singular de su piel, como una identidad construida a propósito bajo un ejercicio de libertad radical. Y si en algún momento los jóvenes occidentales que se tatuaban tenían definiciones claras en lo ideológico o en lo político, parecería que hoy este tema les tiene sin cuidado. Sus tatuajes no necesariamente son una declaración política o ideológica, son más bien una declaración de sus gustos íntimos, de sus afectos y de su singular identidad, algo así como una firma personal. De forma que un joven tatuado todo su cuerpo puede ser tanto un ultraconservador perteneciente a una secta religiosa, como un ateo, radical de izquierda, dispuesto a incendiar una ciudad entera para acabar con el sistema capitalista.

Y la nueva generación de políticos está evolucionando a la par de estos cambios culturales. Políticos de cabellos alborotados con discursos políticamente incorrectos (alborotado en el diccionario es el pelo revuelto o enmarañado, o alguien que, por demasiada viveza, obra precipitadamente o sin reflexión, o puede decirse también de una persona inquieta, díscola o revoltosa).

El mundo cultural de lo incorrecto se esparce por innumerables fenómenos culturales. La palabra escatología, curiosamente, reúne dos elementos clave de este fenómeno. El término combina dos sentidos que en principio no tienen nada que ver entre sí. Escatología como las creencias, especialmente religiosas, teológicas y filosóficas, referidas al fin de los tiempos, a la muerte, a la extinción. Y escatología como la referencia a los excrementos, a la suciedad que produce el cuerpo.

Las dos visiones escatológicas, por alguna extraña razón, coinciden en relación a lo políticamente incorrecto. Visiones apocalípticas que proliferan en los relatos de diversa índole y palabras y sentidos que rompen las barreras del pudor para hablar de los excrementos.

En el mundo del humor, por ejemplo, en los famosos Stand Up especialmente norteamericanos, ingleses y mexicanos, las referencias a las excreciones humanas son ya un lugar común. En la música estas referencias tienden a incrementarse. Se podrían poner cientos de ejemplos de

letras de canciones que provienen del actual reguetón, pero solamente para ilustrar el punto, se reproducen a continuación algunos fragmentos de la letra de una de las últimas canciones de Shakira y Fuerza Regida llamada “El jefe”:

“El mismo café, la misma cocina
 Lo mismo de siempre, la misma rutina
 Otro día de **mierda**
 Otro día en la oficina
 Tengo un jefe de **mierda** que no me paga bien
 Yo llego caminando y él en Mercedes-Benz
 Me tiene de recluta
 El **muy hijo de puta**, yeah
 Estás soñando con irte del barrio
 Tienes todo pa’ ser millonario
 Gustos caros, la mentalidad
 Solo te falta el salario
 Se acumulan las facturas, ser pobre es una basura
 Mamá siempre me decía que estudiar todo asegura
 Estudié y nada pasó, maldita vida tan dura
 Trabajo **más que un cabrón**, pero **follo menos que un cura**
 Qué ironía, qué locura, esto sí es una tortura”¹

La letra de “El jefe” que incorpora lenguaje que podríamos llamar escatológico no constituye necesariamente una novedad en el mundo occidental. Cabe recordar que durante el Siglo de Oro español entre los años 1492 y el año 1681, año de la muerte de Pedro Calderón de la Barca y, más en general, en el período comprendido del barroco español entre el 1600 y el 1750, en las manifestaciones culturales tanto de las artes plásticas como literarias, era común la expresión escatológica. La comedia, la picaresca, las historias de caballería y autores como Cervantes y Francisco de Quevedo son bastante elocuentes en el uso de palabras y de historias que incorporan todo tipo de excreciones del organismo humano.

La vida cotidiana anterior a los procesos de urbanización moderna permitía una convivencia con las excreciones humanas. No existía el alcantarillado y en los cuartos y hogares, debajo de la cama para ser más precisos, se encontraba siempre una bacinica. De cierta manera, el pudor escatológico se producirá junto al proceso cultural de la higiene y de la disposición y el ocultamiento de los excrementos y de la orina. Pero algo está cambiando en los últimos años sobre este esquema moderno de auto-coacción escatológica.

En la política Milei hace poco sobrepasó un límite del pudor. Dijo textualmente: “y el peso es la moneda que emite el político argentino por ende no puede valer ni excremento”². Así se ha expresado en varias ocasiones y Milei seleccionó el término más fuerte y menos común de “excremento”, cuando pudo haberse referido simplemente a “mierda”. En este caso seguramente Milei se adelantó al reguetón.

El uso público y sin recato de palabras como mierda, excremento, hijo de puta, follarse, etc., incorpora una dimensión escatológica posiblemente en las dos implicaciones del término. Si estamos viviendo un tipo de fin de los tiempos, de extinción o de muerte (esto es, un tránsito o un cambio cultural), entonces, ¿por qué no eliminar en el lenguaje las barreras del pudor y de la política cortés? Un cambio cultural lleva consigo un cambio en las conductas y en las palabras.

Norbert Elías en “El proceso de la civilización” muestra la fascinante trayectoria del tenedor en los usos y las costumbres de una mesa cortesana en sociedades absolutistas del medioevo,

1 El Jefe (Part. FUERZA Regida) - Shakira - Letras.Com, consultado el día 23 de octubre de 2023 a las 8h30.

2 Milei: “El peso no vale ni excremento” - YouTube, consultado el día 24 de octubre de 2023 a las 11h29.

pasando por los hábitos de la mesa burguesa en los entornos europeos de los siglos XVIII y XIX y este proceso civilizatorio que produce múltiples prohibiciones en la vida cotidiana de manera conjunta con el desarrollo de los estados nacionales modernos, coloca el pudor, la vergüenza y la auto coacción como algunos de los elementos fundamentales de la convivencia civilizada.

En Ecuador y en Latinoamérica somos herederos de esa construcción civilizatoria descrita por Erasmo de Rotterdam en sus orientaciones de urbanidad para niños en el ya distante siglo XV. No sonarse la nariz con los dedos, ni escupir sobre la mesa en la que los invitados degustan de un almuerzo, ahora nos parece algo de elemental urbanidad.

¿Y qué produjo la civilización en el comportamiento de los políticos, al menos, en los políticos de las generaciones previas? Ciertamente siempre han existido políticos que han levantado su popularidad sobre la base de formas chabacanas de comunicación. Pero se puede coincidir en que las formas de la política estaban muy impregnadas de las costumbres cortesanas.

Todavía hoy, cuando se reúnen los presidentes del G20 pueden reconocerse algunas de estas formas: todos de terno azul marino, zapatos negros, prácticamente con el mismo color de las corbatas, sonreídos y corteses, amables y prudentes, pero sobre todo sobrios, se diría, consistentemente “racionales”. Acaso, los más “punk” con medias de colores, pero ocultas a las cámaras. No muy expresivos, pero tampoco tímidos. Demostrando que siempre pueden comportarse como caballeros y como damas de una sociedad que respeta las normas, el pudor y el buen comportamiento. Cuidando cada detalle para que sus electores no tengan que pasar ninguna vergüenza. Las mujeres que ostentan cargos de presidente o que lideran los más altos puestos en los organismos internacionales, también cuidan con todo detalle las formas, incluso más que los hombres. Saben que las miradas están fijadas sobre ellas: sobre los colores que usan, el tipo de maquillaje, la forma en que se sientan o la forma en la que cruzan o no cruzan sus piernas, el tipo de traje, así como la marca de los zapatos. Tanto hombres como mujeres de alto rango esconden siempre lo más que se pueda el cuerpo desnudo, en su forma de vestir durante los grandes eventos, pero también en su vida cotidiana. No está bien visto que una mujer de alto rango sea vista en terno de baño o que el escote de una presidenta o primera dama muestre en exceso sus senos. Hasta mencionar el tema puede ser considerado de mal gusto o políticamente incorrecto. Parecería, en estas formas de la política europea, las costumbres de recato, prudencia y sobriedad de reyes y reinas europeos marcan cierta pauta de comportamiento.

Pero en los últimos 15 años algo de esto está cambiando profundamente, tanto en las formas cotidianas de la convivencia civilizada de Occidente como en las formas de la cultura política. Los personajes de la política populista latinoamericana ya han probado con éxito que subvertir las formas anquilosadas y caballerescas de la política constituye una excelente fórmula para conseguir votos y era sobre todo desde las tendencias populistas de izquierda que esto se hacía notar. En cambio, las tendencias políticas de derecha se caracterizaban por un respeto irrestricto a las formas civilizadas de la política.

Ahora no. También líderes de la derecha transitan de forma clara hacia una acción política libre del pudor y de la vergüenza. Una política desvergonzada, incorrecta, en suma, descortés. ¿Por qué?

La hipótesis de este artículo es radical. El mundo está viviendo un cambio civilizatorio (por cierto, siempre estamos viviendo en un cambio civilizatorio), pero esta vez parecería que las señales son peculiares. No se trata tanto de transitar de un fenómeno civilizatorio a otro fenómeno civilizatorio. Sino que lo que está en juego es el concepto mismo de civilización tal como Norbert Elías lo estudió. En otras palabras, el andamiaje cultural de base europea que durante los últimos tres siglos se ha ido perfeccionando en términos de hábitos, costumbres y, en general, de formas de comportamiento “civilizado” está colapsando. Está perdiendo su sentido y su lugar. Si las formas teleológicas de interpretación de los fenómenos sociales y culturales habían sido cuestionadas desde el mismo inicio de la filosofía moderna, así como se había puesto en duda la base axiológica supuestamente universal para transitar hacia un agnosticismo acerca

de la idea del bien, ahora las costumbres de la vida cotidiana parecería que se suman a este cuestionamiento acerca del sentido teleológico de una civilización contemporánea en proceso de perfeccionamiento.

Los discursos políticos incorrectos y la racionalidad moderna

Sin embargo, no es un tema restringido, solamente, a los gestos de etiqueta del comportamiento político. Existe de manera concomitante una puesta en escena pública de discursos cuestionadores de la racionalidad. Se requiere de cierta audacia política por parte de los políticos contemporáneos cuando cuestionan, en público, frente a los medios masivos de comunicación, en las redes, y en eventos como en la reunión de Davos, temas relativos al cambio climático, al enfoque de género (criticado bajo la figura de “ideología de género”), de los derechos humanos universales, argumentos en torno a la “sangre” frente a las olas migratorias. En este ambiente confrontador del racionalismo científico, hasta los movimientos “terraplanistas” logran más adeptos.

No importa si existe un amplio consenso científico en torno al cambio climático y a una relación causal de origen antrópico. Cobijados en las teorías de la conspiración, no faltan los políticos que arremeten contra estas ideas, descalificándolas como falsas creencias, como ideología extremista que promueve el catastrofismo. Lo mismo sucede con el enfoque de género, con el respeto a las diversidades en relación a las preferencias sexuales o sobre los temas de identidad. La política se ha vuelto muy permeable a todo tipo de discurso incorrecto, que pone en duda la visión o la construcción de representaciones culturales derivadas (supuestamente) de la razón, de la ciencia y de la tecnología. Y las amalgamas de los discursos bien pueden combinar nacionalismo, con socialismo, con conservadurismo y con liberalismo extremo. Aunque casi en todos los casos, estos relatos coinciden en su temor contra un tipo de globalización que lleva en su germen el mal de la razón científica. Una racionalidad moderna que da un sustento filosófico a los derechos humanos.

En otras palabras, la idea es que se está deconstruyendo el concepto mismo de civilización moderna de base europea. Y la deconstrucción está operando desde el interior de las sociedades occidentales, en cada detalle de las formas, de las costumbres y de los discursos, lo cual hace necesaria una antropología de esta deconstrucción. Parecería que estamos transitando de la epopeya civilizatoria, que de manera cruenta conquistó a todo el mundo, a un desconcierto generalizado sobre el sentido de la sociedad. Y habría que añadir que las utopías occidentales que nacieron en el siglo XIX, también fueron parte de esa epopeya civilizatoria, una idea muy fuerte de finalidad que ahora carece de horizonte.

Los políticos de la derecha o de la izquierda, despeinados, sin recato, que pueden decir casi cualquier cosa políticamente incorrecta acerca de los derechos humanos, de la violencia o, en realidad, de lo que se les ocurra en el momento en que se les ocurra, quizás esconden una clave más profunda que la simple desverguenza y la falta de cortesía democrática. Hasta podría decirse que ahora el centro político no es social demócrata, es simplemente cortesano. En otras palabras, la política se está definiendo más que nunca por las formas de comportamiento público y privado en relación a las prohibiciones de buena urbanidad. Entre más disruptivas, mejor. El centro político parecería que no constituye una amalgama ideológica social demócrata o liberal en el sentido norteamericano, sino, simplemente, la tendencia política del pudor y de la razón.

Un cierto hartazgo sobre las formas políticamente correctas quizás incorpora un gesto contracivilizatorio, que cuestiona todo aquello que se consideraba como una forma de comportamiento civilizada. Y opera de manera ambigua o confusa.

No es gratuito que en la confrontación de estos relatos se use el término de “guerra cultural” y que lo *woke* pueda ser usado tanto por quienes defienden el lenguaje inclusivo como por aquellos que critican las formas “políticamente correctas” del pensamiento llamado progresista.

Y así, el uso del lenguaje en la política está transitando aceleradamente hacia un uso no solamente coloquial, sino también confrontador de múltiples tabúes. Palabras que hasta hace poco los políticos se cuidaban de usar como “porquería”, “fascista”, “manga de pelotudos”, “mierda”, “parásitos de la política”, “odiosos y perdedores”, “todas las mujeres en El Aprendiz flirtearon conmigo”, “gordita horrorosa”, etc., muestra que los políticos generan empatía con amplios sectores poblacionales apelando a formas discursivas que nutren las más diversas pasiones, incluso aquellas que la sociedad recatada podría considerar como bajas pasiones.

El cabello despeinado en Trump, Johnson o Milei puede ser una simple coincidencia, pero cabe mencionar que hasta hace poco muchos políticos no solamente aparecían siempre bien peinados, con pelo corto, sino que además usaban fijador, incluso del brillante.

Es como una puesta en escena sin maquillaje, que hecha abajo los bastidores y muestra la política de una manera “aparentemente” transparente, no cortesana, desnuda. Una política que no surge de la diferenciación elitista, sino de la expresión espontánea. Los miembros del G20 tras bastidores pueden, seguramente, expresarse tal cual lo hace Trump o Milei, pero en la escenografía pública, lo evitan por un sentido cortesano de pudor político.

Con esta reflexión podría creerse que este fenómeno es solamente una estrategia política para conseguir más votos, para acercarse al pueblo, para superar esas barreras de diferenciación social elitista a la que nos tenían acostumbrados los políticos modernos, todos bien peinados y muy educados. Pero, ¿algo más de fondo está sucediendo?

Es lo que podría llamarse un relato civilizatorio puesto en cuestión. La sociedad culta y civilizada durante los últimos 60 años ha transitado aceleradamente por la expansión de los derechos desde múltiples perspectivas. La globalización, el feminismo, el enfoque de género, el ambientalismo y la ecología, la divulgación científica, el movimiento gay, el movimiento trans, los movimientos migratorios regionales y planetarios, el aborto y la eutanasia, el mundo del espectáculo con formas múltiples y diversas de expresión artística donde la sexualidad y la sensualidad transgrede continuamente y cada vez de manera más radical las formas tradicionales del recato y del ocultamiento del cuerpo y, por si fuera poco, toda la transformación derivada de las nuevas formas de comunicación e información y de avance de la inteligencia artificial. Pero quizás lo que produce una mayor disociación cultural y que está en la base o en el fondo de todos estos cambios bien puede ser la transformación de la familia y la pérdida de sentido y relevancia de instituciones centenarias como la escuela. Todo esto en un contexto que pone en cuestión el papel de los Estado Nación para el control y la regulación de fenómenos globales que cambian con gran rapidez, de modos tan versátiles y disruptivos, que es casi imposible reaccionar a tiempo.

Junto a este relato que podría llamarse de conquista contra-civilizatoria global, surgen voces que manifiestan un profundo malestar. Malestar que se expresa también de múltiples formas. En la reivindicación de los nacionalismos, en un conservadurismo de izquierda y derecha que apela a los valores tradicionales y a una violenta manifestación en contra de los relatos del ambientalismo, del feminismo y de todo tipo de discurso modernizador. Es un relato que pone en cuestión el establecimiento, incluso con críticas radicales al sistema de las Naciones Unidas. Es como un discurso anti sistema pero de otro orden, de un orden cultural y civilizatorio, un discurso escéptico en torno a las conquistas de la razón moderna.

Si en los últimos años una de las mayores críticas a la democracia era su falta de representación, es decir, que el orden político operaba como una superestructura indiferente al sentir y al pensar de las personas de a pie, ahora parecería que la política intenta mejorar la representación acoplándose en sus formas de representación con una manera de vivir la representación bajo una mascarada distinta, una mascarada que deja desnuda y sin sentido a las formas cortesanas de la política y que permite el ingreso público y triunfal del pedo.

A modo de epílogo

Desde la revolución industrial es casi imposible no coincidir en que el signo del progreso marca el destino de Occidente y del mundo. Aunque algunas de las principales escuelas filosóficas modernas se alejaron de visiones teleológicas, las filosofías políticas que surgieron de Hegel, de Marx, de Weber e incluso de los pensadores adscritos al liberalismo, todas ellas tenían un concepto teleológico, si se quiere metafísico de base (no siempre explícito), de convencimiento acerca de una historia que cabalga hacia el desarrollo, el progreso, la libertad o la justicia. Una historia que conquista todos los confines de la naturaleza y que la doblega por medio de la razón, la ciencia y la tecnología.

A la par de este desarrollo, la cultura de la sociedad occidental o del sistema de prohibiciones que permitieron discriminar entre un buen o mal comportamiento y que se convirtieron en algo así como las reglas de la etiqueta primero en Europa y luego en buena parte del mundo, tuvieron un proceso paulatino y progresivo de refinamiento o de sofisticación. La higiene, el cuidado del cuerpo, las normas de urbanidad en la mesa, en todos estos campos puede apreciarse una delicada línea de mayor refinamiento en las costumbres, pero esto solamente a partir de la Revolución Industrial y desde la segunda mitad del siglo XVIII. Sin embargo, en las últimas décadas se perciben algunas señales que van en otra dirección o en una dirección contraria. Quizás la llamada guerra cultural es solamente un síntoma del agotamiento de Occidente.

Bibliografía

Almond, G. y Verba, S. 1963, *La cultura cívica, Estudio sobre la participación política democrática en cinco naciones*, Fundación FOESSA, Fomento de Estudios Sociales y de Sociología Aplicada, Madrid.

Duby, G. y Aries, P. 2017, *Historia de la vida privada, Del Imperio Romano al año mil*, Tomo 1, TAURUS.

Elias, N. 1989, *El proceso de la civilización: investigaciones sociogenéticas y sicogenéticas*, Fondo de Cultura Económica (FCE), México.

Jaramillo, J. 2007, *La cultura y la política en la cultura política*, Nueva antropología, Volumen 3, No. 86, México, enero / junio, 2017.

Sabine, G. 1979, *Historia de la teoría política*, Traducción de Vicente Herrero, Fondo de Cultura Económica, México.